

Iván Vélez

LA CONQUISTA
DE MÉXICO

UNA NUEVA ESPAÑA

la esfera  de los libros

ÍNDICE

1. Piedras y corazones	9
2. Rumbo a las Indias	20
3. Centauros en Centla	35
4. San Juan de la Vera Cruz	49
5. La estrategia de papel	62
6. Quemar las naves	77
7. Guerra y alianza con Tlaxcala	90
8. Herodes en Cholula	107
9. Cosas nunca oídas ni vistas	115
10. En la corte de Tenochtitlan	128
11. Prendimiento y prisión de Moctezuma	134
12. Pánfilo de Narváez	146
13. Guerra entre españoles	160
14. La matanza del Templo Mayor	173
15. La noche triste	191
16. Otumba	197
17. Convalecencia en Tlaxcala	201
18. Bergantines entre volcanes	215
19. El asedio de Tenochtitlan	226

20. La conjura de Villafaña	238
21. La guerra anfibia	241
22. El Dédalo de Tlatelolco	253
23. La ofensiva final	261
24. El banquete y el botín	270
25. Más allá de Tenochtitlan	275
26. Las Hibueras	288
27. El mar del Sur	305
28. Hombres de frontera	312
29. La Nueva España pacificada	323
30. La esfera, la cruz y la pluma	338
 Bibliografía	 343

PIEDRAS Y CORAZONES

La ciudad que fascinó a los españoles se asentaba sobre una isla rodeada por lagos de escasa profundidad, en el fondo de un valle cerrado por volcanes de cumbres nevadas. Cosas propias del *Amadís de Gaula*, una nueva Venecia. Esas fueron las comparaciones que los barbudos establecieron al ver aquella gran metrópoli de calles ordenadas y casas construidas alrededor de patios, en cuyas estancias giraban las piedras de moler maíz y los husos con los que las mujeres hilaban algodón.

Los antepasados de los mexicas habían llegado hasta allí buscando tierras fértiles hacia 1325. Su primer asentamiento, así lo cuenta la leyenda, se produjo sobre un islote ubicado en el oeste del lago de Texcoco, en el que el Quinto Sol, Huitzilopochtli, transformado en águila, se posó sobre un nopal. Dos siglos más tarde, el primer núcleo había crecido sobre un suelo artificial ganado al agua por la que circulaban multitud de canoas. Tres vías o calzadas principales comunicaban Tenochtitlan con la tierra que circundaba al lago salobre de Texcoco, separado de las aguas dulces del lago de México por una albarrada que protegía la ciudad de las periódicas inundaciones. En las orillas de la gran superficie acuática se alzaban lugares como Co-

yoacán, Tacuba o Chalco, que replicaban la urbe en la que gobernaba Motecuhzoma Xocoyotzin, al que nos referiremos por su nombre hispanizado: Moctezuma. Del corazón de la ciudad, de su centro ceremonial, dominado por el Templo Mayor, partían los cuatro rumbos del universo, las direcciones cardinales que estructuraban la metrópoli y ordenaban un cosmos estratificado en tres niveles: el inframundo, el terrestre y el celeste, lugar al que accedían los guerreros caídos en combate, los que eran sacrificados a los dioses y las mujeres que morían durante el parto.

La ciudad de Tenochtitlan gravitaba sobre la gran pirámide, alzada sobre una plataforma desde la que arrancaban dos escalinatas de huellas cortas, que obligaban a los sacerdotes a subir de lado, evitando así que los mortales miraran a los ojos a los dioses o les dieran la espalda al descender. Las escaleras recorrían la encalada piel de los cuatro cuerpos del templo, en cuya cumbre se alzaba el adoratorio del dios Tláloc, señor de la lluvia y la fertilidad; y el de Huitzilopochtli, hijo menor de Coatlicue, la diosa de la falda de serpientes, y hermano de la diosa luna, Coyolxauhqui, a quien, según la leyenda, derrotó y desmembró, arrojándola desde una montaña. Los sacrificios hechos en las pirámides no hacían sino imitar, a escala humana, lo ocurrido en la divina. Señor de la caza y de la guerra, Huitzilopochtli, también llamado «el Colibrí Azul», era el dios tutelar de los mexicas, que temían un final catastrófico, anticipado por vientos, incendios, inundaciones y terremotos, que precederían a la llegada de seres monstruosos. Un fin solo aplazable mediante el constante suministro a los dioses de sangre humana y de ocasionales ofrendas de bellos objetos: discos y orejeras de turquesa, cascabeles de oro, caracoles traídos del Atlántico o jadeíta procedente de la actual Guatemala. Consagrados a las deidades, los sacerdotes lucían sus cuerpos ennegrecidos, cubiertos por túnicas sobre las que caían largas cabelleras apelmazadas por las salpicaduras de la sangre de los sacrificados. Sus rostros estaban enmarcados por orejas desgarradas por los pinchazos que, con púas de maguey, se infligían para san-

grarse en honor a las divinidades. Punzadas que también se extendían, en ocasiones, a la lengua e incluso al pene, razón por la que algunos clérigos españoles llegaron a creer que podía tratarse de moros o judíos.

La continua demanda de sangre humana operaba tras muchas de las acciones de un pueblo que en 1428, después de sacudirse el yugo tepaneca, fundó las bases de un imperio mantenido por su potencia militar. La victoria sobre el campo de batalla se vio acompañada de un reajuste del pasado, que se consumó con la quema de los antiguos códices, en los que los nuevos señores aparecían como un pueblo de escaso refinamiento. Algunos restos de aquella rudeza persistían, no obstante, en la Tenochtitlan de principios del xvi. La sociedad mexica seguía siendo belicosa, incluso espartana en algunos aspectos. La aristocracia enviaba a sus hijos varones a unas escuelas de elocuente nombre, las *calmécac* o «casas de lágrimas», donde los infantes eran severamente instruidos en el arte de la guerra. Ya en la adolescencia, la formación se completaba en el *tehpochcalli*, bajo la atenta mirada de veteranos de guerra. En estas academias militares, los jóvenes aprendían a emplear el arco, la tiradera o lanzardos, la onda y la lanza. Armas de madera, con puntas de obsidiana, pedernal, cobre e incluso de espinas de pescado pegadas con resina de pino, que se completaban con el *macuahuitl* o macana, una espada de cuerpo plano de madera, en cuyos filos se incrustaban navajas de obsidiana que, al atravesar la carne, se rompían en esquirlas al impactar con el hueso, provocando hemorragias e infecciones a menudo más mortíferas que el propio tajo. Las armas se complementaban con elementos defensivos: cascos de madera recubiertos de plumas o pieles, rodela que se ataban al antebrazo, y armaduras de algodón endurecidas con sal, que fueron adoptadas por los españoles, pues además de ser ligeras, permitían la transpiración, algo fundamental en el clima del Anáhuac. En el manejo de estos instrumentos de guerra se empleaban los jóvenes que, a los dieciocho años, estaban preparados para contribuir a mantener la hegemonía

sobre un amplio territorio bañado por dos océanos. Los guerreros solían estar vinculados a una serie de órdenes militares —águila, jaguar, coyote— de connotaciones totémicas, que constituían el grueso de una hueste en la que también se integraban sacerdotes. Hombres de religión que acudían al campo de batalla para llevar las imágenes divinas, pelear e intervenir en la captura de los dioses tutelares de los enemigos, que de algún modo replicaban las capturas humanas destinadas al sacrificio.

Dos tipos de guerreros, distinguidos por sus atuendos, son los más célebres: los guerreros águila y los guerreros jaguar. El primero de ellos, consagrado a Huitzilopochtli, vestía un mono cubierto de plumas que se colocaba sobre la armadura de algodón. Su casco reproducía la cabeza de un águila con el pico abierto, a través del cual asomaba el rostro del soldado. En cuanto al traje del guerrero jaguar, animal vinculado a Tezcatlipoca, este solía ser fruto de un tributo exigido a algunas provincias del imperio, y era un vestido que cubría todo el cuerpo con la piel del felino, aunque también podía ser de algodón, simulando la piel del jaguar. Aunque menos conocidos, en el campo de batalla sobresalían los feroces guerreros *cuachic*, que peleaban casi desnudos, con sus cuerpos cubiertos por pinturas. Solían estar a cargo de algunos novatos y, según el jesuita novohispano Francisco Javier Clavijero, contaron en sus filas con el propio Moctezuma. Si los trajes eran importantes, no lo eran menos los estandartes militares, como se pudo comprobar en Otumba. Solían ir atados a la espalda de determinados hombres y servían para aglutinar y dirigir las tropas.

Para ascender jerárquicamente en la escala militar, un joven disponía de hasta tres oportunidades para capturar a un prisionero de guerra, pudiendo hacerlo de manera individual o en grupo. Si lo lograba, se le teñía el cuerpo de amarillo y la cara de rojo, en el curso de una compleja ceremonia en la que recibía mantas y un braguero que denotaba su nuevo rango. A partir de entonces podía vestir el chaleco de algodón, un penacho de plumas, bezotes, narigueras y

orejeras. La tercera captura de un guerrero permitía capitanear una compañía y compartir sus conocimientos en el *telpochcalli*. El fuerte belicismo de la sociedad mexicana se concentraba en la figura del *tlacalcuhli*, o jefe de hombres, cargo al que se llegaba por elección de los notables. La violencia mexicana no se desplegaba únicamente en el campo de batalla. Prueba de ello es el hecho de que Chimalpopoca y Ahuitzol murieron asesinados a manos de sus compatriotas. La configuración del Imperio mexicano, constituida por una Triple Alianza que incluía a las gentes de Tlacopan y Texcoco, propiciaba las luchas dinásticas y de poder que, no obstante, permitieron la extensión de un dominio que garantizaba el pago de tributos. A Tenochtitlan llegaban multitud de mercancías, pero también hombres, mujeres y niños con los que se nutría a los dioses zoomorfos.

Pese a que el hombre que gobernaba aquella alianza, Moctezuma, ha sido presentado como impresionable, supersticioso, incluso pusilánime, lo cierto es que su mandato estuvo marcado por la severidad. Lejos había quedado el refinado ambiente que caracterizó a la corte de Texcoco, en la que había reinado el rey-poeta Nezahualcóyotl, a quien siglos después, Clavijero comparó con Solón.

Con la figura sagrada del *huey tlatoani* en la cúspide del poder, los planos bélico y religioso se mezclaban en las llamadas «guerras floridas». Estos acontecimientos bélicos se han presentado como un conjunto de combates singulares de aromas caballerescos desarrollados cuerpo a cuerpo, con igualdad de oponentes por cada bando y protagonizados por nobles que tenían como objetivo la captura de prisioneros. Sin embargo, las guerras floridas excedían estas idealizaciones. Aunque en ellas se daban luchas individuales, el complejo equilibrio político que se vivía en el Anáhuac exigía algo más que una suerte de justas en las que peleaban personajes ávidos de gloria. El uso de arcos y flechas en las batallas habla de una lucha indiscriminada y colectiva, que no excluía la posibilidad de peleas entre caudillos militares que mantendrían las esencias bélicas más arcaicas. A pesar de la omnipresencia de elementos religiosos, los

mexicas no solo debían velar por mantener el orden cósmico, sino también por sostener el terrenal, y era sobre la tierra donde mostraban su ferocidad ante otras sociedades. Entre estas destacaban las asentadas en el valle de Puebla, que en 1504 los habían derrotado, dejando sobre el terreno los cadáveres de un hijo de Moctezuma y los de varios parientes del emperador. La derrota, acaso la más importante después de la sufrida por Axayácatl frente a los tarascos, provistos de armas de cobre, mostró las flaquezas del dominio bélico mexica, que podían hacer peligrar el equilibrio tributario en el que se apoyaba Tenochtitlan. La respuesta no se hizo esperar. Tlaxcala fue severamente castigada, mientras Cholula quedó estrechamente sujeta a la capital. Estas circunstancias sirven para replantearse el análisis de unas guerras que llamaron la atención de los conquistadores. Extrañado de que Tlaxcala no fuera totalmente sometida, Andrés de Tapia preguntó por ella al propio Moctezuma, quien le respondió que, aun pudiéndolo hacer, no se hizo porque, si Tlaxcala caía definitivamente, «no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas». Las guerras floridas, además, mermaban la potencia militar de los adversarios. Junto a la utilidad como tropas de entrenamiento, los tlaxcaltecas ofrecían algo muy preciado en Tenochtitlan: «Queríamos que siempre hubiese gente para sacrificar a nuestros dioses». Los dioses exigían sangre fresca, cuerpos no excesivamente fatigados, y la proximidad de Tlaxcala garantizaba todo ello. Pese a que en sus respuestas Moctezuma camuflara cierta impotencia —recordemos la derrota comentada—, Tenochtitlan tenía asfixiada a Tlaxcala. Terminada la conquista, Diego Muñoz Camargo, novohispano tlaxcalteca, relató en su *Historia de Tlaxcala* cómo Moctezuma impidió a sus antepasados el uso de ropas de algodón y plumería, pero también el consumo de cacao y sal. Pese a estas condiciones tan extremas, Tlaxcala se mantenía firme cuando llegaron los españoles, circunstancia que favoreció mucho a estos.

Tanto en el campo de batalla como en los adoratorios se derramaba sangre, si bien era en los templos donde se desplegaban unas

sofisticadas ceremonias que comenzaban con la llegada a Tenochtitlan de los vencedores, recibidos en loor de multitud, y acompañados de su botín humano. Estos últimos, los prisioneros de guerra, a menudo conservaban la vida hasta el paso del invierno a la primavera. Durante el tránsito del 20 al 21 de marzo, iluminados por una gran hoguera, eran sacrificados en el transcurso de una ceremonia multitudinaria. La fiesta venía precedida por una serie de ayunos y sangrientas penitencias, a las que se sometían los guerreros mexicas. El día comenzaba con el sacrificio de algunos cautivos, a los que se les arrancaba el corazón con un cuchillo de sílex. Desposeídos del corazón, eran desollados y su piel, junto con ciertos atributos divinos, era vestida por otros que participaban en un nuevo ritual. Una serie de combates fingidos protagonizados por dos bandos enfrentados entre sí, con cuya pugna se deleitaba el público congregado, daban continuidad a la jornada.

Tras estas luchas se pasaba a otra fase, aquella en la que el prisionero, al cual se le ataba una pierna a una gran piedra, peleaba contra una serie de notables. El cautivo, al que se le daban armas falsas y se le suministraban sustancias que hacían más llevadero el trance, luchaba convertido en una suerte de gladiador bajo el son de los tambores. Cuando era herido por un guerrero águila o jaguar, la señal de la sangre daba paso a la extracción de su palpitante corazón, cuyo «vaho» era ofrecido al sol por un sacerdote. Extraído el corazón, que se quemaba en un brasero, la cabeza era separada del cuerpo y podía integrarse en el *huey tzompantli*, estructura de postes y travesaños de madera a modo de ábaco o andamio, en la que se insertaban hileras de cráneos agujereados por los parietales. El gran *huey tzompantli* de Tenochtitlan estaba rematado en sus extremos por dos torres circulares, construidas con cabezas de guerreros unidas por cal. Decapitado y desmembrado el cuerpo, el torso era arrojado escaleras abajo, mientras sus extremidades, muy apreciadas, eran comidas por los guerreros. Las manos y los pies se destinaban al gran sacerdote y al gobernante. Los cautivos satisfacían de este modo a los dioses, pero

también a las castas sacerdotal, militar y política, colectivos fuertemente interrelacionados. Los sacrificios humanos horrorizaron a los conquistadores españoles. Sirva como ejemplo la descripción que hizo Bernal Díaz del Castillo, al contar cómo a sus compañeros capturados en la Noche Triste «los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo».¹

Si las fiestas descritas, con su trasfondo bélico, eran importantes, existían otros macabros festejos como el del Atlcahualo, que tenía lugar el primer mes del año del calendario mexica, coincidente con nuestro febrero. Celebrado en honor a Tláloc, durante el Atlcahualo, se sacrificaban niños en cimas de montañas sagradas y en las orillas del lago Texcoco. Las ceremonias tenían una gran carga alegórica. En ella debían participar una serie de númenes masculinos, los *tlaloques*, encargados de asistir a Tláloc durante los eventos pluviales, personificados ritualmente por niños de entre dos y nueve años, que eran comprados a sus padres. Tras pasar la noche en la Casa de la Tristeza, las criaturas eran ricamente ataviadas con atributos propios de la deidad, antes de ser conducidos a los templos y santuarios. Durante la procesión, las lágrimas derramadas por los niños eran interpretadas como un indicio de futuras y abundantes lluvias. Una vez sacrificados, los infantes eran cocidos y comidos. A Tláloc, deidad del inframundo, siempre amparado por Ehécatl, dios del viento encargado de barrer los campos como preludeo de la lluvia, también se le dedicaba el festival de Tozoztontli, en el cual los sacerdotes llevaban las pieles de los desollados a cuevas sagradas. Todos estos sangrientos hitos pautaban la vida de los mexicas y tenían una dimensión económica y propagandística indudable, pues a ellos asistían los habitantes de Tenochtitlan, pero también los señores de otros pue-

¹ Hemos tomado la cita, como haremos en adelante al referirnos a su obra, de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid, 2011.

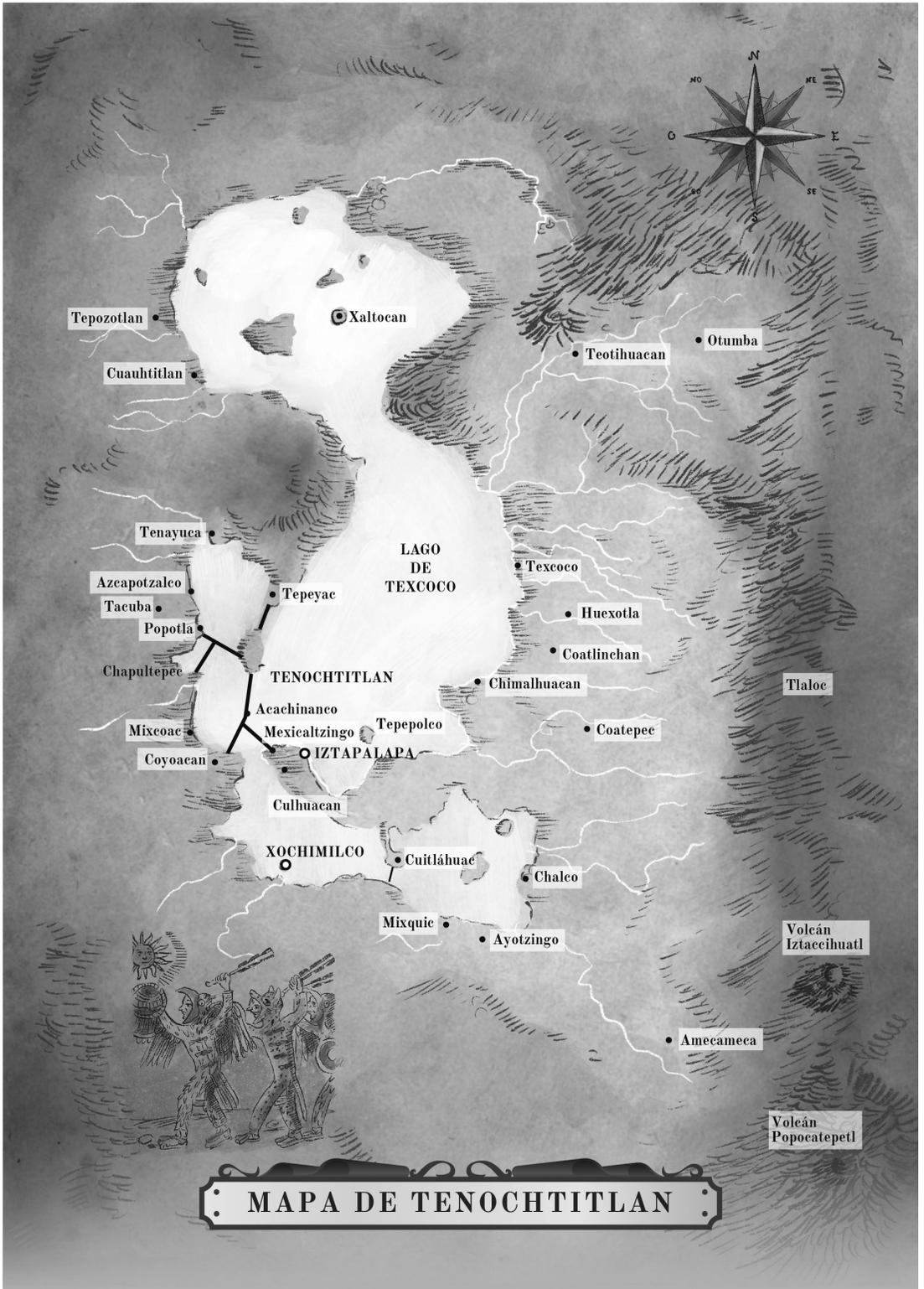
blos, que quedaban impresionados por el poder mexica, concentrado en la figura del emperador Moctezuma, del que esbozaremos mínimamente su figura.

Hijo de Axayácatl, Moctezuma Xocoyotzin ocupó el trono mexica en 1502, una vez muerto su tío, el expansionista Ahuiztotl. Su ascenso se cimentó en sus logros bélicos, pero también en su formación religiosa. Moctezuma era un guerrero, y además había pertenecido al cuerpo sacerdotal. Estas circunstancias hacían coincidir en su persona los intereses de esos dos poderosos colectivos. Era, asimismo, un intérprete de fenómenos astrales y extraños, algunos de los cuales precedieron —o se reelaboraron retrospectivamente— a la llegada de los españoles. Los poderes del mundo mexica se concentraban en la persona de Moctezuma, cuya condición cuasi divina quedaba preservada por un rígido protocolo, fortalecido por él mismo tras su acenso al trono, que impedía que sus súbditos le mirasen a la cara, le hablaran en voz alta o le volvieran la espalda. El *huey tatloani*, es decir, el hombre facultado para hablar con los dioses, tenía su palacio dentro del espacio ceremonial. Por sus suntuosas dependencias, protegidas por una fiel guardia personal, desfilaban malabaristas, acróbatas, músicos, enanos y jorobados, que ofrecían distracciones entre las audiencias y los parlamentos que Moctezuma mantenía con personas principales. La vida palaciega, interrumpida por periodos de retiro religioso, se completaba con la dedicación a su cuidada higiene, acompañada de varios cambios diarios de atuendo y la presentación de decenas de comidas servidas en platos de un solo uso, de las que el emperador apenas probaba bocado, antes de repartir el resto con sus acompañantes. Terminada la comida, Moctezuma fumaba un tabaco con el que «se adormía». En los aledaños de sus aposentos se localizaban una casa de aves, un recinto donde se cuidaban serpientes y otro en el que se encerraban fieras cuyos sonidos rompían el silencio que envolvía a Moctezuma.

Además de en su centro, la trama de la capital mexica, habitada por más de doscientas mil personas a la llegada de los españoles, se

abría en puntos como el gran mercado de Tlatelolco, nombre nahua que hace referencia a *tlatelli*, es decir, «terrace». A través de las calzadas, a él afluían las gentes y mercancías más variadas, transportadas a la espalda de *tlamemes*.² Alimentos, animales, rica plumería de quetzal, joyas y tejidos, pero también minerales como la obsidiana, con que se daba filo a las armas de batalla y el sílex con el que se fabricaba el puñal que se hundía en el cuerpo de los cautivos en busca de su corazón, llegaban a diario a Tenochtitlan. Por esas mismas vías que nutrían a la ciudad llegaron un día unos exóticos visitantes.

² En español, este vocablo se transformó en tamemes.



MAPA DE TENOCHTITLAN

RUMBO A LAS INDIAS

El de 1492 fue un año trascendental. Con la toma de Granada y el descubrimiento de Las Indias, el proyecto imperial hispano, que aunaba objetivos políticos y religiosos, desbordó los límites peninsulares e incluso continentales, y adoptó una escala universal. Años antes, en 1468, la boda entre Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón había culminado una larga tradición de enlaces matrimoniales cuyo fruto fue la integración de las dos coronas en una misma familia. Bajo el lema *Tanto monta*, los Reyes Católicos reunieron unos reinos que se extendían por el sur de Italia y el Mediterráneo, posesiones que encontraron su vía de expansión hacia Occidente. En su viaje hacia Las Indias, Colón desembarcó en unas tierras que el tiempo demostró pertenecientes a un nuevo continente, a un Nuevo Mundo repleto de riquezas, de especies desconocidas, pero, sobre todo, habitado por unos hombres en distinto grado civilizatorio, que desconocían el Evangelio.

La unión entre Isabel y Fernando, consolidada tras la victoria sobre sus opositores internos, el bando que orbitaba en torno a Juana la Beltraneja, permitió alcanzar una estabilidad desconocida durante el reinado de Enrique IV. Sin embargo, el nuevo equilibrio

político seguía siendo frágil. La muerte del príncipe Juan, en cuya persona debía recaer la corona, y la posterior de su hermana Isabel, dejó como heredera de los reinos a Juana, que pasó a la historia como Juana la Loca. Muerta la reina Isabel en 1504, en 1506 llegaron desde Flandes la reina Juana y su consorte, Felipe el Hermoso, arropado por su corte borgoñona. La presencia de los extranjeros produjo no pocos recelos y turbulencias en Castilla, solo apaciguadas por la temprana muerte de Felipe, fallecido a los veintiocho años, según cuenta la tradición, después de beber agua fría al término de una partida de pelota. Mientras todo esto ocurría en España, en Flandes había quedado un niño llamado Carlos. Nacido en Gante en 1500, el hijo de Felipe y Juana, pese a la oposición del Consejo de Castilla, fue proclamado rey de Castilla y Aragón el 14 de marzo 1516. Fue durante su mandato, compartido con su madre, apartada del trono y encerrada en Tordesillas desde 1509 hasta su muerte, cuando se conquistó México. Con Juana apartada del mundo, antes de la llegada de Carlos a España en 1517, su abuelo Fernando y el Cardenal Cisneros ocuparon el poder. En este cambiante contexto político transcurrió el tiempo en el que se afianzó la presencia española en el Caribe y en el que se produjeron las primeras incursiones en el continente.

Pese a sus éxitos como marino, Colón mostró pronto sus deficiencias como gobernante. Fracasado en el intento de implantar en las islas una factoría esclavista similar a las existentes en Génova, fue desposeído de sus cargos. Francisco de Bobadilla se encargó de capturar al venal almirante, apodado *El Faraón* por su despotismo. Bobadilla, además de enviar preso a España a Colón, impulsó la Audiencia de Santo Domingo, institución que estuvo acompañada de una serie de cabildos municipales.

En 1502 llegó a La Española la flota capitaneada por frey Nicolás de Ovando, gobernador general de Las Indias, que sustituyó a Francisco de Bobadilla. Junto a Ovando desembarcaron unos 1.500 españoles. Un año más tarde, Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de

Burgos y viejo enemigo de Colón, fundó la Casa de la Contratación de Sevilla, inspirada en la portuguesa Casa de Indias, en la cual, se llevaban a cabo los rigurosos exámenes que debían superar quienes aspiraran al puesto de piloto de Su Alteza. Autoridad máxima para las cosas del Nuevo Mundo, Fonseca se enriqueció y dominó un tramo decisivo del despliegue ultramarino español. Gracias a él, Diego Colón accedió al cargo de gobernador de La Española en 1508, designación que obligó a Ovando a regresar a España, donde fue nombrado comendador mayor de la Orden de Alcántara. No acabarían ahí los cambios. Muerto el rey Fernando, Cisneros ocupó la regencia del trono de Castilla y Diego Colón fue sustituido por los jerónimos fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanedo y fray Alonso de Santo Domingo. La elección de esta orden, tan próxima a la Corona, trataba de evitar las tensiones entre dominicos y franciscanos. A la terna se unió el juez en Indias, Alonso de Zuazo. El poder religioso, que había ganado posiciones con Cisneros, fue compensado por el rey Carlos cuando ocupó el trono español, con el envío del juez Rodrigo de Figueroa como contrapeso al grupo cisneriano. La llegada del monarca a España no solo sirvió para el desembarco de su entorno flamenco, sino también para que Fonseca y sus partidarios recuperaran parte del terreno perdido. El proceso concluyó con el nombramiento de Rodrigo de Figueroa como gobernador de La Española en diciembre de 1518. Mientras todo esto ocurría en los salones palaciegos, la costa que se abría frente al archipiélago caribeño ejercía una poderosa atracción entre muchos de los hombres que no habían hecho fortuna lejos de la Península. Pronto se desató una verdadera carrera hacia un territorio del que se ignoraba si era insular o continental. En el horizonte más remoto se encontraban China y las Molucas, lugares hacia los que se intuía que podía existir un paso entre las tierras inexploradas. Ante las nuevas expectativas, la Corona reajustó su papel. Si los primeros viajes fueron sufragados por los monarcas, a partir de 1497, las incursiones en el territorio corrieron a cargo de personas relevantes o de com-

pañías en busca de gloria y riqueza, de la cual debía entregarse al rey la quinta parte de lo obtenido, el llamado quinto real. Jerárquicamente, las expediciones a Tierra Firme contaban con un capitán, al mando del cual se situaba la compañía, compuesta por unidades de caballería y de infantería. Esta última solía estar formada por soldados de a pie, piqueros, ballesteros y escopeteros, estructura similar a la de los famosos tercios. En cuanto a su origen, la palabra *compañía* ya aparece en las *Partidas*. Compañía decía milicia, pero también comercio, por lo que sus objetivos debían quedar fijados en unas capitulaciones firmadas antes de la partida. Con gran presencia en el continente americano, el sistema de las compañías ya había aparecido en la conquista de las Canarias, tres décadas antes de que Cortés pasara al continente.

Estas empresas debían contar con la autorización regia, razón por la cual los objetivos de la Corona debían ser compatibles con los de las iniciativas más o menos individuales. Toda la acción venía condicionada por la firma, el 7 de junio de 1494, de un acuerdo entre los representantes de Isabel y Fernando y los del rey Juan II de Portugal, que estableció un reparto de las zonas de navegación y conquista del océano Atlántico y el Nuevo Mundo. Como límite de ambas áreas se estableció un meridiano situado 370 leguas³ al oeste de las islas de Cabo Verde. Todo ello determinó que la búsqueda de un paso hacia las Molucas se convirtiera en algo prioritario para los españoles. El primer intento de localizarlo se produjo en 1502. Sus impulsores, los primeros en pisar el Yucatán, fueron Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, a los que siguieron otros muchos. Siete años después, Martín Fernández de Enciso, acompañado, entre otros, por Francisco Pizarro y Vasco Núñez de Balboa, partió de La Española para asentarse en el Darién.

³ Una legua equivale a 5.572 metros, distancia que se estimaba que se podía recorrer en una hora.

La estela de Fernández de Enciso fue seguida por otros hombres. De entre ellos, Diego de Nicuesa es especialmente importante en la historia que nos disponemos a contar. Durante su etapa peninsular, el jienense Diego de Nicuesa⁴ se movió en los aledaños del poder, pues estuvo al servicio de don Enrique Enríquez, almirante de Sicilia y mayordomo mayor de su sobrino, Fernando el Católico. Ya en Las Indias, asociado a Alonso de Ojeda, el acaudalado Diego de Nicuesa, comenzó los preparativos para ir a la llamada Castilla de Oro. Las condiciones eran propicias, pues ambos estaban bien relacionados con la Corte y, concretamente, con Fonseca. Gracias a sus influencias, Ojeda fue nombrado gobernador de Urabá, mientras que Nicuesa lo fue de Veragua. El proyecto era ambicioso y se dirigía a unos lugares tenidos por muy ricos. De Sanlúcar de Barrameda partieron en septiembre de 1509 doscientos hombres, a los que se sumaron otros seiscientos en La Española. Antes de la salida de Santo Domingo, ya existían fricciones entre los hombres. Ello determinó que Ojeda, siempre acompañado por una imagen de la Virgen hecha en Flandes, se hiciera a la vela a principios de noviembre de 1509 con dos naos y dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas. Entre los hombres de su tripulación estaban Pizarro y Juan de la Cosa. Por su parte, Nicuesa, lastrado por trabas burocráticas, logró reunir a setecientos hombres y seis caballos. Diez días después de que lo hiciera Ojeda, Nicuesa levó anclas.

La ventajosa partida de Ojeda pronto se volvió en su contra, pues en busca de oro, fue continuamente atacado por indios que empleaban flechas de punta envenenada. Fueron esas saetas las que terminaron con la vida de Juan de la Cosa. El cartógrafo fue hallado atado a un árbol, con su cuerpo erizado de flechas y el rostro deformado por el efecto del veneno. Es muy probable que tan

⁴ Una buena aproximación a la expedición de Nicuesa en Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1941.

impactante imagen diera lugar a que la primera ciudad que allí se fundó se llamara San Sebastián. Junto a De la Cosa, las bajas españolas fueron muy numerosas. El grupo quedó diezmado a causa de los ataques, pero también debido a los estragos del hambre y la enfermedad. Solo la oportuna llegada del barco robado por Bernardino de Talavera pudo evitar su total aniquilación. A bordo de ese buque, Ojeda regresó a La Española en busca de víveres, dejando al mando de sus hombres a Francisco Pizarro. En la isla fue ahorcado el pirata Talavera. Mientras eso ocurría con Ojeda, Nicuesa seguía costeando, atacado por el hambre. Fue él quien fundó el asentamiento fortificado de Nombre de Dios. Destituido de sus cargos, el hombre del que Las Casas dijo ser cuerdo y gran jinete fue enviado a La Española junto a diecisiete hombres, de los que nunca más se supo. En tan catastrófica empresa pudo haberse integrado Cortés; sin embargo, un absceso en una pierna —«decían sus amigos que eran las bubas, porque siempre fue amigo de mujeres, y las indias mucho más que las españolas inficionan a los que las tratan», sostuvo Cervantes de Salazar— lo impidió.

Pese a los reiterados intentos de hallarlo, el ansiado estrecho que permitiera dirigirse a Cipango y Catay seguía sin aparecer. Mientras seguía su búsqueda, Vasco Núñez de Balboa fue el primer europeo en divisar el océano Pacífico, en la época llamado mar del Sur. El avistamiento ocurrió en la mañana del día 25 de septiembre de 1513, cuando la superficie marina fue vista desde un alto. Cuatro jornadas después, el día de San Miguel, Balboa, acompañado por veinticinco españoles, se acercó a la orilla. Allí, tras comprobar que el agua era salada, el extremeño se adentró en la nueva mar hasta las rodillas. En una mano sostenía la espada y en la otra la bandera real. Tenemos noticia de esa escena gracias al notario Andrés de Valdeirrábano, que dio traslado del discurso que allí se escuchó:

Vivan los muy altos e muy poderosos reyes don Fernando y doña Joana, Reyes de Castilla e de León e de Aragón, en cuyo real nombre,

e por la corona real de Castilla, tomo e aprehendo la posesión real a corporal, e actualmente, destas mares e tierras e costas e puertos e islas australes con todos sus anejos e reinos e provincias que les pertenescen o pertenescer pueden, en cualquier manera e cualquier razón o título que sea o ser pueda, antiguo o moderno, e del tiempo pasado e presente o por venir, sin contradicción alguna.

Su descubrimiento no impidió que Núñez de Balboa acabara sus días decapitado en la Plaza de Acla, condenado después de un juicio sumarísimo abierto por Pedrarias Dávila, primer gobernador de la Castilla de Oro. Por terminar este moroso repaso, mencionaremos la exploración de La Florida en busca de la Fuente de la Eterna Juventud. El viaje, del que pudo tener noticia Moctezuma, contó con Antón de Alaminos como piloto, y estuvo encabezado por Juan Ponce de León. En el curso de esa expedición, en la cual recibió una herida en el cuello, Alaminos se percató de la existencia de la corriente del Golfo, que tan importante fue para los viajes de regreso a Castilla.

Dos años antes del descubrimiento del mar del Sur, en 1511, el fonsequista Diego Velázquez de Cuéllar, que había llegado a América en el segundo viaje colombino, gracias al favor de Bartolomé Colón, obtuvo el cargo de capitán general de Las Indias, con el que pasó a Cuba. Allí, ayudado por Pánfilo de Narváez, afianzó su poder después de pacificar la isla. Convertido en gobernador, comenzó a ansiar las previsibles riquezas que aguardaban en las tierras occidentales que se estaban descubriendo. Con este propósito, en 1517, impulsó la expedición capitaneada por el hidalgo y encomendero Francisco Hernández de Córdoba, que atesoraba la experiencia de haber acompañado a Pedrarias. La idea había partido del propio Hernández de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caiicedo, todos ellos vecinos de la localidad cubana de Sancti Spiritus. Respaldo por Velázquez y financiado por la terna aludida, el viaje fue pilotado por Alaminos. La flota estaba compuesta por dos naos

y un bergantín, y en ella se enrolaron hombres desilusionados con lo vivido en la Castilla del Oro, a los que se unieron los que trataban de dejar atrás su precaria situación en Cuba. Entre la tripulación iba Bernal Díaz del Castillo, que había llegado a Las Indias tres años antes con Pedrarias Dávila. El viaje, destinado a la captura de esclavos, pese a que tal práctica estaba prohibida por las Leyes de Burgos de 1512, ocultaba otras intenciones de Hernández de Córdoba, pues, según cuenta Cervantes de Salazar en su *Crónica de la Nueva España*,⁵ este manifestó en alta mar sus verdadero propósito: buscar alguna isla para poblarla y convertirse en gobernador. Sus expectativas, no obstante, estuvieron muy lejos de conseguirse. Grijalva zarpó de Santiago el 8 de febrero de 1517. Después de rodear la isla por el norte, la flotilla, que navegó por las Lucayas, hoy Bahamas, llegó a lo que se creyó una isla, Yucatán, donde un grupo de mayas se acercaron hasta los barcos. En una punta de tierra que nombraron cabo Catoche, los blancos desembarcaron para obtener agua dulce. Allí, Hernández de Córdoba tomó posesión del territorio. Sin embargo, pronto se desataron las hostilidades, pues los en principio hospitalarios anfitriones atacaron a los españoles, que hubieron de abandonar el lugar apresuradamente.

La siguiente escala se hizo en lo que denominaron el Gran Cairo, por tratarse de un lugar dominado por pirámides. Fue allí donde los españoles vieron lo que creyeron ser cruces y donde asistieron a algunas ceremonias mayas. Viendo que su estancia comenzaba a ser molesta, Hernández de Córdoba mandó a sus hombres regresar a las naves y volver a navegar. Necesitados de agua, volvieron a tierra y visitaron otros templos en una ciudad a la que dieron en llamar Lázar. De nuevo en ruta, desembarcaron una semana más tarde en otro pueblo coincidente con el actual Champoton. Allí fueron ata-

⁵ Hemos empleado la edición hecha por la Hispanic Society of America, Tipografía de la Revista de Archivos, Madrid, 1914.

cados por guerreros pintados de blanco y negro, que mataron a varias decenas de españoles y dejaron a otros muchos heridos. También hicieron dos prisioneros que fueron sacrificados. Después de aquel desastre, la maltrecha armada navegó hacia la bahía de Florida y regresó a Cuba. Hernández de Córdoba, que volvió moribundo a La Habana, falleció días después en su hacienda. Aunque aquella empresa distó mucho de ser exitosa, proporcionó interesantes informaciones sobre la «isla» de Yucatán, de donde se trajeron a dos jóvenes mayas, llamados Julianillo y Melchorejo, que se convirtieron en intérpretes o lenguas.

A pesar de este revés, que no lo fue en lo económico, pues tan solo había financiado el bergantín, Velázquez continuó trabajando para evitar que otros se le anticiparan en la entrada a aquellas tierras. Desde Cuba comenzó a maniobrar en las más distinguidas instancias. En julio de 1517 envió a España una *Relación* en la que dijo haber descubierto el Yucatán. El de Cuéllar, que no tenía tiempo que perder, estaba en condiciones de impulsar una serie de proyectos que, presumiblemente, contarían con el beneplácito de la Junta de Indias, precedente del Consejo de Indias, presidida por Fonseca. Con este frente abierto en Castilla, envió a Hernán Cortés y a su pariente Diego de Orellana a Santo Domingo para pedir autorización a los jerónimos para armar y capitanear otra flota, que debería rodear la pretendida isla de Yucatán. Confiado en el éxito de aquellas gestiones, el orondo Velázquez hizo oídos sordos a las preveniciones que contra el metelinense le hizo el astrólogo Juan Millán. Probablemente también le divirtieron las chanzas y coplillas del bufón Francisco Cervantes, *el Loco*. Aquellos extravagantes individuos quizá se limitaron a canalizar las fundadas sospechas que en el entorno del gobernador existían sobre las verdaderas intenciones de Cortés.

Eufórico por su éxito en los despachos, todo el interés de Velázquez se centró en la organización de una nueva flota, cuya capitanía dio a su sobrino, Juan de Grijalva, que partió de Cuba a finales de

enero de 1518, llevando a doscientos hombres de tierra y mar, indios taínos y algunos esclavos negros. El piloto, que tuvo sus más y sus menos con Grijalva, fue de nuevo Alaminos, encargado de guiar una flota compuesta por dos naos, ambas llamadas *San Sebastián*, dos carabelas, *Trinidad* y *Santa María de los Remedios*, y un bergantín, *Santiago*, que se perdió en las costas cubanas. Grijalva nombró capitanes de los navíos a Francisco de Ávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que había llegado a Cuba en 1511 y se había enrolado en ese viaje junto a su hermano Jorge. Como veedor viajó un hombre de Zuazo, Francisco Peñaloza; mientras que el capellán fue Juan Díaz, que dejó testimonio escrito del viaje. Antes de abandonar Cuba, los hombres, por evitar «estorbo para la pelea», se cortaron las coletas que habitualmente lucían. Las naves pasaron por la isla de Cozumel, llamada isla de Santa Cruz, de la que se tomó posesión el 3 de mayo de 1518 en nombre del rey Carlos y la reina Juana. Desde allí, los barcos fueron costeano. La tripulación pudo ver construcciones de cal y canto, entre ellas un templo en la nombrada Punta de las Mujeres, lugar en el que algunos creyeron que había amazonas. Necesitados de agua potable, los cristianos saltaron a tierra y tuvieron el primer contacto con los indios, facilitado por el intérprete yucateco Julianillo. Aunque el encuentro fue en principio pacífico, acabó en un enfrentamiento en el cual murió Juan de Guetaria. Grijalva también recibió un flechazo que le rompió varios dientes. Vueltos a sus naves, los españoles siguieron viajando por la costa y bajaron de los barcos puntualmente para proveerse de agua, hasta que llegaron a un lugar que llamaron Puerto Deseado. Allí hicieron unas letras en un árbol y dejaron clavada una carta que daba testimonio de su paso por ese lugar. También en aquel paraje quedó una hembra de mastín, la lebreja, que luego encontraron los compañeros de Cortés. La navegación prosiguió hasta la Boca de Términos, así llamada por creer que se trataba de un estrecho, lo cual confirmaría que Yucatán era una isla. El siguiente hito fue el río Tabasco, rebautizado como Grijalva, en el que se produjo un nuevo

contacto con los mayas. A mediados de junio, la armada llegó a una isla cercana a la actual Veracruz. Allí, los españoles visitaron una pirámide coronada por dos templetas, cuyas paredes estaban cubiertas de sangre seca. A los pies del templo permanecían, desmembrados, los cadáveres de varios indios rodeados de cráneos y huesos. La isla fue bautizada con el nombre de isla de los Sacrificios. La navegación, no obstante, prosiguió hasta que fueron vistas varias banderas blancas. Montejo, acompañado por una guarnición de arcabuceros y ballesteros, desembarcó y habló con los indios, que devolvieron la visita más tarde tras acercarse a los barcos a bordo de sus canoas.

El siguiente en pisar tierra fue Grijalva, que fue agasajado por los naturales en los alrededores de la ciudad totonaca de Chalchiuhcucan, tributaria de Tenochtitlan, desde la que se podía ver la cumbre nevada del volcán Orizaba. Los españoles permanecieron en Chalchiuhcucan más de una semana, si bien, como medida de precaución, pernoctaron en los barcos. Durante esas jornadas, Grijalva pudo saber de la existencia de una gran ciudad en la que gobernaba un poderoso señor. Desde Tenochtitlan llegaron los emisarios de Moctezuma, encabezados por Cuitlalpítoc. La curiosidad y el temor de que los forasteros pudieran amenazar la hegemonía mexicana en la zona motivaron el envío de aquellos hombres, que llegaron acompañados por pintores, del mismo modo que había ocurrido en los días de la expedición de Hernández de Córdoba.

Fascinados por las riquezas que ofrecía aquel litoral, y las que se adivinaban tierra adentro, de las que ya habían tenido muestras por los regalos recibidos, algunos mostraron su intención de establecerse en ellas, de poblar, en definitiva. Bernal afirma que el grupo, en el que él mismo se encontraba, tenía «por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme». Francisco Cervantes de Salazar se extendió al respecto de esta trascendental cuestión, que supone un claro precedente de lo que ocurriría un año más tarde. Según el rector de la Real y Pontificia Universidad de México, Grijalva sabía

que sus hombres estaban divididos en dos facciones: una, encabezada por Pedro de Alvarado, pretendía poblar; el otro grupo era contrario a esta iniciativa, pues Grijalva carecía de un «poder para poblar, sino para descubrir». Lo correcto, según estos últimos, era volver a Cuba. Grijalva se mostró dubitativo. A las limitaciones legales, se sumaba la pérdida de más de una decena de hombres y la escasez de alimentos. En la *Crónica de la Nueva España, su descripción, la calidad y temple de ella, la propiedad y naturaleza de los indios*, publicada en México en 1575, podemos leer las palabras pronunciadas por Grijalva:

Mi parescer es, salvo el vuestro, que, pues Diego Velázquez no ha enviado a Cristóbal de Olid, como prometió, que debe de querer que nos volvamos y que no pobleemos hasta que vea la relación que llevamos. Estos indios son muchos y están en su tierra proveídos de lo nescesario; nosotros estamos en el ajena, faltos de bastimentos y armas, y no tantos cuantos seríamos menester. Podría ser que, como gente tan diferente de la nuestra, el día que nos vean hacer asiento piensen que les queremos quitar la tierra, y así, se levantarán contra nosotros, y el negocio de la población no tendrá firmeza.⁶

No conocemos las instrucciones dadas por Velázquez, pero todo parece indicar que se movieron en la habitual ambigüedad con que el gobernador manejó los asuntos relativos a las costas continentales. Si nos atenemos al texto de Cervantes de Salazar, el envío de Olid estaba previsto desde el principio. Según esta versión, su salida de Cuba no respondería a la búsqueda del extraviado Grijalva. Sea como fuere, la iniciativa de poblar un territorio que el 24 de junio de 1518 recibió el nombre de San Juan de Ulúa, no prosperó. Con el fin de apaciguar las tensiones internas, el impulsivo Alvarado fue

⁶ Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. X, pp. 78-79.

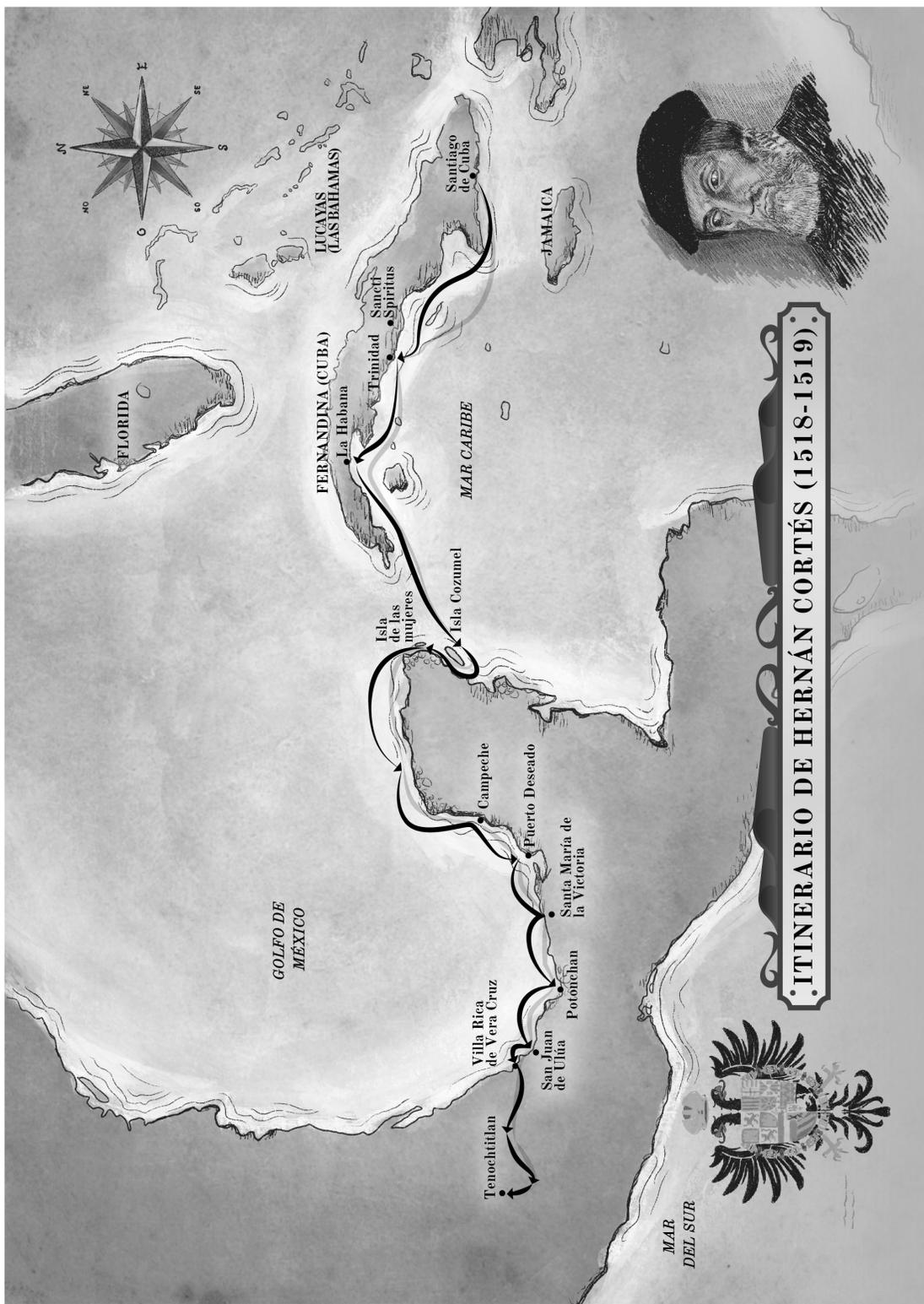
enviado de regreso a Cuba a bordo del *San Sebastián*, con el oro rescatado, indios cautivos y algunos españoles enfermos. También llevó consigo una *Relación*, hoy perdida, firmada por el piloto y los capitanes, en la que se relataba todo lo visto y ocurrido hasta el día de San Juan Bautista. Mientras todo eso ocurría, Velázquez escogió a Cristóbal de Olid para ir en busca de Grijalva.

Nacido en Andalucía, el rubio Olid tenía una imponente presencia. Cortés dijo de él que era «un Héctor», si bien carecía «de consejo», razón por la cual debía ser mandado. Sin encontrar rastro alguno de Grijalva, Olid, que sufrió una tempestad en la que perdió el ancla, retornó a Cuba apenas una semana antes del regreso de Grijalva.

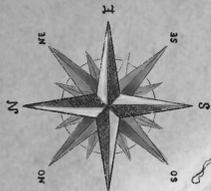
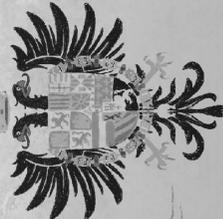
Chalchiuhcuecan no fue el último lugar que visitó Grijalva. Antes de su vuelta, dio el nombre de Almería a la ciudad de Nauhtla. Cerca de ella, en un río que llamaron Canoas, fueron atacados por unos indios armados con hachas de cobre que algunos creyeron de oro. Cansados de viajar por la costa, decidieron volver las proas hacia Cuba. En una de las escalas realizada para reparar las naves, presenciaron un sacrificio humano. Grijalva, alarmado por la discordia que reinaba entre sus hombres, mandó pregonar unas ordenanzas que prohibían que estos salieran del real o hiciesen «liga o monipodio». Al parecer, en algunos corrillos se insistía en la intención de poblar. Reparados los barcos, los españoles se detuvieron fugazmente en Champotón, sin entrar en conflicto con los naturales. A finales de julio, pese al viento desfavorable, la flota enfiló el camino a Cuba. En la costa quedó el español Miguel de Zaragoza, que permaneció allí hasta la llegada de Cortés, a quien fue muy útil. En señal de gratitud, este le dio varias encomiendas después de la conquista.

Un par de meses después de que la flota de Grijalva soltara amarras en Cuba, el 22 de marzo de 1518, Carlos I firmó en Valladolid unas capitulaciones a favor de Fernando de Magallanes. Las condiciones incluidas en aquellos documentos eran excepcional-

mente generosas para el marino portugués, en el que se depositaron las esperanzas de reimpulsar el proyecto de las Molucas. Magallanes, naturalizado español, recibió los títulos de capitán general de la expedición, adelantado y gobernador de las tierras que descubriera, así como otros privilegios. En la ciudad castellana se acordó el envío de cinco naves que debían evitar la zona que el Tratado de Tordesillas había asignado a Portugal. El viaje comenzó en Sevilla el 10 de agosto de 1519. La flota cruzó el Atlántico y halló el paso hacia el Pacífico. En el océano, Magallanes perdió la vida en la batalla de Mactán. Muerto el capitán, Juan Sebastián Elcano se hizo cargo de la expedición. El de Guetaria navegó esquivando los puertos africanos controlados por los portugueses. A bordo de la nao *Victoria*, que, según José de Acosta, «ganó la victoria y triunfo de la redondez del mundo», diecisiete famélicos marineros llegaron con él a Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522. Un valioso cargamento de clavo, valorado en 7.888.688 maravedís, fue descargado de las bodegas de la *Victoria*. Repuesto del viaje, Elcano solicitó en vano al emperador, al que tuteó en una carta, que le nombrara caballero de la Orden de Santiago, a la que pertenecía Magallanes. Su petición no fue atendida, si bien recibió la divisa, *Primus circumdedisti me* («El primero que me circundaste»).



ITINERARIO DE HERNÁN CORTÉS (1518-1519):



GOLFO DE MÉXICO

MAR CARIBE

MAR DEL SUR

FLORIDA

LUCAYAS (LAS BAHAMAS)

JAMAICA

FERNANDINA (CUBA)

Santiago de Cuba

Sancti Spiritus

Trinidad

La Habana

Isla de las mujeres

Isla Cozumel

Campeche

Puerto Deseado

Santa María de la Victoria

Villa Rica de Vera Cruz

San Juan de Ulúa

Potonchán

Tenochoitlan